

Nosotros, los gringos. Ellos, los chorni



IGNACIO GERFAUO WOLOSZYN¹, ALICIA KACHINOVSKY²

INTRODUCCIÓN

Se presentan avances de una investigación en curso inscrita en la Maestría de Psicología Clínica de la Facultad de Psicología (Universidad de la República). Dicha investigación explora el proceso de integración/inclusión social de un grupo de inmigrantes que llegan al Uruguay a comienzos del siglo XX y se establecen en una pequeña ciudad del interior del país. La pregunta por los avatares de su llegada pone de manifiesto una primera oposición entre nosotros (los gringos) y ellos (los chorni), apta para traducirse como semejantes (nosotros) o enemigos (ellos). La burla, el rechazo y la desconfianza es un escenario al que deben sobreponerse los recién llegados. Responden borrando o atenuando las diferencias entre quienes viven similares circunstancias, espacio fértil donde la solidaridad y el esfuerzo ganan presencia. ¿Quiénes son estos expatriados que llegan desde tan lejos? ¿Cómo construyen su identidad en estas nuevas tierras? ¿Qué prácticas sociales y qué instituciones han sostenido su proceso de construcción de la alteridad y la tramitación de sus duelos? Mediante el análisis de algunas de sus voces se estudiarán los movimientos identificatorios y las estrategias que adoptaron estas personas para insertarse en la sociedad uruguaya.

1 Licenciado en Psicología. Estudiante de la Maestría en Psicología Clínica. Universidad de la Republica. nachogerfauo@hotmail.com

2 Miembro Asociado de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay. alicia.kachinovsky@gmail.com

PRESENTACIÓN

El S. XX es un período de nuestra historia que generó cambios significativos en varias áreas de la humanidad. A consecuencia de los enfrentamientos bélicos, se convirtió en el más sangriento de todos los tiempos. Cuando Europa cierra hoy sus fronteras a los refugiados de países como Siria, parece haber olvidado su pasado más reciente. A mediados del siglo XX, los refugiados de la II Guerra Mundial dieron origen a la creación de ACNUR (Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados, 2018), la Agencia de la ONU para los que se consideran los primeros refugiados, ante la necesidad de proteger y asistir a millones de víctimas de la guerra. El desplazamiento demográfico generó cambios a nivel macro social, económico y cultural en diversos países, pero también afectó psíquicamente a quienes sufrieron el exilio.

La presente investigación pretende acercarse a sus historias, dándole la palabra a quienes han sido poco escuchados. Son palabras que acogen acentos, idiosincrasias y modismos disímiles. El objetivo ha sido caracterizar el proceso de construcción de identidad (o identidades) de un grupo de familias que se radicaron en el litoral oeste de nuestro país, hace aproximadamente un siglo. Se trata de una comunidad cuyos integrantes mantienen fuertes lazos afectivos entre sí. Comparten costumbres, relatos, ideales y expresiones lingüísticas, pero no parecen encontrar un rótulo consensuado que los defina. Ciertamente es que tampoco lo han necesitado ni se han ocupado de buscarlo.

Sus orígenes se remontan a tierras lejanas, dicho esto desde una perspectiva sudamericana. Son tierras que comparten características similares, cercanas geográficamente, pero a su vez distintas entre sí. Se los podría englobar bajo el término de «eslavos», con lenguas que proceden de una misma cuna lingüística.

Sin embargo, al llegar a Uruguay por diferentes medios y caminos, se los conoce por «los rusos» o «los gringos». Rusos de acá y de allá. Rusos ucranianos y rusos polacos. Rusos «más puros» y rusos «menos puros». Los testimonios recogidos no son avaros al abordar este tema. Por ejemplo, uno de los entrevistados expresa:

«No era ni polaco, ni ucraniano, ni nada. Ruso. Acá les decían a todos rusos. Y lo otro que nos decían era gringos. Que nosotros tendríamos que ahora denunciarlos por cómo nos discriminaban, como al que le dicen negro, que no se pueden decir «negro» sino afrodescendiente, bueno, igual [risas].»

Otro de ellos explica:

«No había una separación de identidad. Era toda como extranjeros. Eran todos rusos, como un nombre general. Después alemanes e italianos. Pero nosotros éramos rusos. Creo yo que por la potencia que significaba y significa hoy Rusia, aunque deje por fuera las individualidades.»

La gran mayoría de ellos no nace en tierras rusas. Estas identidades asignadas por parte de quienes los reciben responderían a razones históricas, sociales y culturales. Un agricultor que hoy ronda los 90 años cuenta: «Yo nací en un país, fui a la escuela en otro, me casé en otro y tuve hijos en otro». El comentario induce a un equívoco que el entrevistador pretende sortear al sugerirle que amplíe su información sobre estas supuestas mudanzas. Su respuesta no se hace esperar: «No, nunca me moví de mi aldea».

Como le dijera el zorro al principito en su afán de ser domesticado, la palabra «es fuente de malentendidos» (Saint-Exupéry, 1951, p. 69). Con anterioridad a las entrevistas realizadas, otros malentendidos habían rubricado los comienzos de esta investigación entre un joven investigador con fuertes raíces y vínculos con la comunidad de inmigrantes ucranianos y una directora de tesis con lazos filiatorios particularmente borrosos hacia otra comunidad de inmigrantes, asimismo ucranianos. Cabe aclarar que la afluencia de ucranianos en el Río de la Plata se produjo a través de sucesivas oleadas, al menos desde 1897. Debido a la pérdida de su independencia en la segunda mitad del siglo XIX el registro es fragmentario o inexistente, ya que muchos llegaron con pasaportes austrohúngaros, rusos o polacos.

En aquellos primeros diálogos en los que se gesta el vínculo del tesista con su director de tesis, el primero de estos hacía frecuentes referencias a palabras, costumbres y comidas que familiares y otras personas de origen eslavo han conservado hasta la actualidad. Y entonces, con frecuencia surgía la necesidad de la otra parte de preguntar si esa palabra, costumbre

o comida era rusa o ucraniana. Difícilmente hubiese una respuesta contundente al respecto, lo que permitió instaurar una primera interrogante sobre la identidad de estos gringos: ¿rusos o ucranianos? El dilema fue convirtiéndose en problema, por lo cual se arribó posteriormente a una segunda versión, aunque no necesariamente la última: ¿rusos, ucranianos o uruguayos? No resultaba sencillo de aceptar que, en el contexto del actual conflicto ruso-ucraniano, en medio de la crisis de Crimea y del riesgo de pérdida de soberanía e independencia de las fronteras de Ucrania, la discriminación de lo ruso con lo ucraniano fuera tan poco relevante, amén de confuso.

Los contrastes identitarios de la diáda en cuestión (tesista-director de tesis), factibles de ser representados como lo claro y lo oscuro o lo sabido y lo ignorado, no escapan a la categoría de imaginario. En este caso, la creencia de que uno sabe aquello que el otro ignora, constituye un fuerte impulso para seguir indagando. En ambos, hay un fuerte deseo de saber sobre historias de carne y hueso, historias de abuelos que cruzaron el océano Atlántico para arribar, finalmente, a estas tierras. Es obvio que la pregunta última, aquella que escapa al formato académico, es el de la propia identidad de cada uno, tarea siempre pendiente y en construcción.

En el siglo pasado, los territorios aludidos por los entrevistados — Ucrania y Polonia en especial— fueron escenarios de disputas y de terribles enfrentamientos. Los conflictos por el poder generaron cambios en las fronteras de los países y esto afectó las fronteras identitarias de los sujetos a la hora de irse al otro lado del mundo. Algunos se sienten «rusos» porque han entendido que esta etiqueta de identidad representa su extranjería. Otros siguen viendo a Rusia como un imperio invasor que arrasa, no solo con países sino con identidades singulares.

MOVIMIENTOS DE ASIMILACIÓN/DISCRIMINACIÓN

Al pensar los procesos de asimilación-discriminación de estos inmigrantes, no es posible establecer una progresión lineal ni una homogeneidad de dichos procesos. Se trata de posicionamientos subjetivos alternantes, si bien pueden determinarse tendencias según los momentos y generaciones de las que se hable.

En el encuentro con las historias de los más ancianos, al hacer alusión a los primeros tiempos de asentamiento en estas tierras, transmiten un particular cierre de fronteras entre ellos, donde las diferencias se desdibujan. Predomina cierto nivel de entrevero, mezcla o confusión:

«Cantábamos en ruso, hablábamos medio en polaco, medio en ruso... era un idioma no limpio, ¿me entiendes? No puro, sino... ahí.»

Con mayor distancia de aquellos acontecimientos, una persona de la segunda generación describe ese mismo escenario:

«En casa hablábamos el ucraniano... no hablábamos el ruso-ruso cerrado. Hay muchas cosas que nosotros las pronunciamos como los rusos verdaderos y otros no. Entreverado hablábamos. Mis suegros hablaban bien el ruso... pero mis padres el ucraniano los dos. Es distinta la forma de hablar.»

Si el adoptar la identidad de rusos o de gringos los aúna y fortalece, propicia asimismo ataques de quienes se sienten excluidos, ahora los nativos, que no entienden lo que hablan ni participan de sus reuniones y creencias. Apelan entonces a la burla y a otros gestos de menosprecio que radicalizan las divergencias entre ambos grupos humanos. Así lo expresan:

«Gringo es una palabra... como el que no era uruguayo. Antes se le decía a los italianos también. Era como para determinar el extranjero. Lo mismo a los americanos. [...] Era horriblemente despectivo». «Yo no me sentí directamente discriminada, pero sé que pasaba.»

Por un lado, entre eslavos se reconocen como semejantes. Por otro lado, se distinguen de los criollos usando la palabra *chorni* para nombrar al extranjero/enemigo. Cabe destacar que la palabra «chorni» en ruso significa «negro», haciendo referencia al aspecto del criollo, connotando además la cualidad de haragán, informal u oportunista. Este significante es usado en sentido ofensivo para denotar la escisión identitaria entre ellos (rubios, güeros, blondos) y los criollos (no rubios, oscuros, morenos) así como en respuesta a la denominación de «gringos».

Se afirmó anteriormente que las diferencias entre los inmigrantes se desvanecen, pero tampoco desaparecen. La identidad de rusos, que los hospeda y ampara, incluye al mismo tiempo un ideal que segrega, que no todos alcanzan:

«Ellos hablaban el ruso. Pero, por ejemplo, mi abuela hablaba más un ruso de Moscú. Porque había varios dialectos, entonces decían como un ruso

limpio. Los otros eran tipo rusos contaminados con dialectos. Era graciosa esa apreciación. Mi abuela se sentía como más pura, más fina, en el sentido de venir y hablar un ruso más limpio.»

En las voces de la segunda generación se arriba a discursos que trasuntan un mayor grado de discriminación identitaria y, al mismo tiempo, de síntesis sobre su condición. Se entiende por síntesis en esta oportunidad la convergencia de un sentimiento de pertenencia a la propia comunidad y al país que los ha acogido:

«Y bueno, son países que conquistaron. Polonia, Ucrania, Rusia... es lo mismo que alguien confundiera Brasil, Argentina y Uruguay. Eran cosas distintas. Nosotros, el idioma que hablaban mis padres y otras personas [...], no hablábamos ni ruso ni ucraniano, una cosa parecida al portuñol. [...] Una mezcla de palabras era.»

«Realmente uno sabe bien de dónde viene... y que es hijo de inmigrantes, eso es algo que se lleva en la sangre.»

REVUELTAS CONCEPTUALES

En ocasión de estas indagaciones, un concepto a interpelar es el de *identidad*. Para algunos, la identidad responde al nivel de integración y cohesión de las representaciones del *self*, a la manera en que una persona se percibe a sí misma desde muy diversas ópticas: su cuerpo, sus emociones, sus acciones, etcétera. Desde una perspectiva psicoanalítica, el cuestionamiento remite a una concepción de identidad como aspiración a construir una falsa unidad o a compensar una falta, negando el verdadero estatuto del sujeto, su división. En el terreno de la ilusión, el semejante ofrece un modelo logrado de sí mismo que constituye una promesa de integridad tranquilizadora. Si el vecino tiene aquello de lo que el yo carece, la identificación con él es sentida como un camino a la felicidad, siempre en el campo de las suposiciones. Este es el ámbito de las identificaciones imaginarias (no de las identidades), donde fructifican las pasiones narcisistas y las disyuntivas dilemáticas del «o tú o yo» López (2017).

Sin embargo, la pregunta por la identidad que cada entrevista actualiza enfrenta la pregnancia de lo imaginario con la potencia de lo simbólico, en

la medida que se pone en juego el poder del discurso ajeno. La multitud de voces que habita en cada uno ilustra la excentricidad de uno consigo mismo (*extimidad*).

La identidad tampoco es una esencia a descubrir, corolario de herencias biológicas o históricas, ni un producto acabado e inmutable. Su materialidad se nutre de la cultura y respectivos discursos en la que se gesta y de los acontecimientos que la marcan. Su sustancia es narrativa. Como incesante construcción narrativa, se precipita a expensas de múltiples relatos que conviven y dialectizan entre sí en los ámbitos de pertenencia; se teje con un surtido de narraciones a adoptar o desechar, con esos presupuestos y punto de vista sobre la otredad que cada cultura o subcultura ofrece. Navega así entre lo singular y lo plural, entre lo privado y lo público (Kachinovsky, 2014).

Un enfoque teórico diverso sobre esta cuestión toma como punto de partida las conceptualizaciones en torno al complejo del semejante (*Nebenmensch*) planteado por Freud (1950 [1895]). La experiencia llevada a cabo con dicho semejante conduciría al encuentro con un objeto que sería simultáneamente un primer objeto-satisfacción y, a su vez, un primer objeto hostil. Tomando en cuenta las interpretaciones de Jorge Winocur (1989, 1996) y Jorge Catelli (2020), ello daría cuenta de dos modos de funcionamiento del aparato psíquico relacionados con los tiempos de constitución del psiquismo. Por un lado, un aparato psíquico que funciona en modo narcisista, refractario al estímulo interno o externo, que intenta despojarse de la excitación y no admite el hallazgo del objeto ni el registro de su alteridad. Como al extranjero pulsional que lo habita y rechaza, así será tratado el vecino repudiable o prójimo temido (Zaefferer y Catelli, 2013). Por otro lado, la salida del encierro narcisista responde a un segundo modelo para el cual el complejo del semejante/prójimo, va a ser también precursor de la identificación, del reconocimiento del otro, la empatía y la comprensión.

Los fundamentos psicoanalíticos esgrimidos pueden ser necesarios pero no suficientes para interrogar un fenómeno tan complejo como es la construcción de identidades, independientemente de los orígenes. Otras variables de orden colectivo deben ser atendidas y articuladas con aquéllas de cuño singular.

A propósito de un riguroso estudio sobre la construcción de la identidad argentina, Estela Erausquin (2005) sostiene que, eliminada la barbarie indígena y descalificado el gaucho —haragán, belicoso y desarraigado—, la élite argentina procuró atraer al inmigrante ideal para poblar el país y cultivar la tierra. Sarmiento, por ejemplo, fomentó la llegada al país de los ingleses y de los europeos del norte y desalentó la de los de la Europa del Sur.

En las postrimerías del siglo XIX, el reformador de la escuela uruguaya se pronunció en forma extremadamente negativa sobre la población en general y, en particular, con la vinculada al campo. Compartía con Sarmiento el optimismo pedagógico, apostando a la escuela como factor de cohesión e integración social. En efecto, es allí donde se produce un encuentro privilegiado de los hijos más chicos con la lengua castellana de los nativos y con sus costumbres. Conforme a este optimismo y a un diagnóstico crítico del estado de la nación a revertir, en la *Legislación Escolar* de 1876 José Pedro Varela afirmaba:

¡Tenemos millones de vacas en nuestras estancias y necesitamos importar jamones, carne y leche conservada, manteca y queso!

El trigo crece vigoroso con sólo escarbar la tierra y tirarle la semilla, e importamos al año harinas [...]

Pedimos a la Europa que nos mande papas, nada más que por no tener el trabajo de plantarlas y recogerlas (Varela, 1964, p. 35).

El paisano, que tiene la mayor parte de su tiempo desocupado, ya que la cuida del ganado no le absorbe más que algunas horas del día, y eso cuando se hace bien, no planta trigo ni verduras... (Varela, 1964, p. 71).

Los pobladores que habían arribado a la región no provenían de la Europa del Norte sino de la Europa del Sur. Se sumó a ello el clima de conflictividad creciente como efecto de las crisis económicas, que aumentaron la desconfianza de los gobernantes frente a los recién llegados. El inmigrante se convirtió así en ese otro peligroso que los grupos de poder comenzaron a temer y combatir. A comienzos del siglo XX, una ideología conservadora de corte nacionalista construyó e inspiró una diferencia genealógica frente al «gringo», al «gallego», al «turco», al «judío», asignación identitaria que devino excluyente (Erausquin, 2005).

En Argentina o en Uruguay, los ucranianos (ni del norte ni del sur de Europa, sino del este) sí parecen responder al perfil de «inmigrante ideal» imaginado por Sarmiento. Sin embargo, hoy confiesan haberse sentido menospreciados. ¿Es posible reconducir a los orígenes de la vida psíquica esta concomitancia de lo idealizado y lo despreciado?

Los distintos tipos de idealización comparten el hecho de atribuir al objeto perfecciones que no tiene o realzar sus cualidades en forma desmedida. Los desarrollos teóricos kleinianos sostienen la existencia de una tendencia humana innata a idealizar —con el propósito de recuperar la perfección de un estado intrauterino—, pero también subrayan la función defensiva de este mecanismo psíquico. En esta ocasión resulta oportuno mencionar la exaltación de las virtudes del objeto como «un intento de disminuir la envidia» (Baranger, 1971, p. 270), aunque más especialmente cuando la idealización es pensada en el contexto de las defensas maníacas, caracterizado por una triada de sentimientos: control, triunfo y desprecio. Este último resulta ser la contracara de la idealización, ya que en la medida que el objeto puede ser desvalorizado no requiere ser envidiado más. Se impone ahora una pregunta ineludible, referida a ese conjunto de personas empobrecidas que llegaban a estas tierras despojados de todos sus bienes materiales y simbólicos, ¿tenían algo que pudiera ser idealizado y envidiado?

Por otra parte, las dos dimensiones y acepciones del *Nebenmensch* mencionadas anteriormente («prójimo» y «semejante»), donde se juegan las posibles identificaciones y repudios ante la diferencia, asoman en las voces de los entrevistados. Uno de ellos manifiesta:

«Y bueno... yo estoy agradecido por lo que conocí acá... a los hermanos, amigos, compañeros... estoy muy agradecido en este país... no tuve problema, tengo carta de ciudadanía hace muchos años, puedo votar... estoy de verdad agradecido».

La gratitud se hace presente cuando el vecino oficia de semejante o similar en quien se reencuentra algo conocido (propio o familiar). La carta de ciudadanía implica, además, un acto de reconocimiento del estado uruguayo que no todos gestionaron. Tales actos simbólicos despiertan, de ambas partes, el deseo de cercanía que define y fortalece el lazo social. Este mismo entrevistado continúa diciendo:

«... yo me acuerdo cuando trabajaba, venía, no me acostaba a sestar porque hacía turno de corrido, y comía y en seguida me iba a trabajar en la quinta de casa, para tener verduras... y veía mis vecinos, gente joven, bajo la sombra, tomando mate... escuchando música, tranquilos... pero no tenían nada... no tenían quinta. Pero bueno... eso marca la diferencia.»

He aquí a un representante del prójimo (próximo, pero distante y distinto), ese otro semblante del *Nebenmensch* que convoca el terror al tropiezo con lo foráneo, con lo no asimilable del otro. ¿La estabilidad del lazo social bajo amenaza? ¿Quién recusa a quién? El habitante esforzado y sacrificado, que mira con recelo a su vecino —y hasta con envidia porque duerme la siesta—, ¿podría ser sentido como un peligro para el paisano?

Tal vez sea hora de preguntarse qué lugar ocupa el criollo o lo criollo en la comunidad estudiada. Si bien por momentos los inmigrantes se discriminan fuertemente de quienes los reciben, en otros momentos esas distinciones se desdibujan. El «chorni» es visto como alguien distinto, que no comparte valores ni principios que fueron aprehendidos en la compleja epopeya de la migración, a costa de sacrificios, y a veces en la cruda experiencia de las guerras. Tampoco es quien carga con la culpa de haber escapado de esas guerras, dejando atrás a otros familiares o amigos. El criollo es un extranjero para el grupo de los gringos.

Inmanencia de lo extraño en lo familiar, la extranjería está en todos. Lo extranjero es parte del «nosotros», como rechazo fascinado del otro en el corazón de un «nosotros mismos» postulado como país o región de fronteras y alteridades construidas y deconstruidas sin cesar (Kristeva, 1991). El rechazo al otro denuncia la construcción y constitución de otro con partes de sí mismo. El extranjero implica una amenaza narcisista en la medida que impugna las referencias identitarias simbólicas e imaginarias.

No importa demasiado desde qué ángulo se mire, porque así ocurre en ambos lados, movimientos psíquicos de asignación de contenidos no tolerados respecto a quien se concibe como extranjero, de los inmigrantes hacia los criollos y de los criollos hacia los inmigrantes.

(IN)CONCLUSIONES

Para bien o para mal, el significante «ruso» termina acogiendo a esta comunidad en su totalidad, donde se diluyen algunas características personales con respecto a procedencias e idiomas. En su lugar, se fortalecen aspectos compartidos a nivel grupal: la historia inmigratoria, los ideales de esfuerzo, solidaridad y cultura del trabajo, un dialecto de lengua común que cohesiona a todo el colectivo y permite que se puedan entender entre sí a pesar de no ser un «ruso puro». Así como la lengua varía, el ideal de inmigrante también se transforma en algo construido por la propia comunidad: ya no se trata de ser un ruso-ruso, sino de compartir las raíces con los semejantes.

El lugar de lo colectivo en esta comunidad es primordial. El hecho de reunirse, hablar su lengua, celebrar sus tradiciones y habitar su propia cultura ha sido y sigue siendo de suma importancia. En este momento, todas las diferencias entre ellos parecen difuminarse en una única identidad grupal que los cobija y atenúa su condición de ucranianos, polacos o rusos.

Se identifican entre sí con el ideal del yo de «inmigrante eslavo», manifestado en esas características compartidas, como teorizaba Freud en *Psicología de las Masas* (1923). En ningún caso, sin embargo, se hace referencia al término «eslavo». En esta oportunidad, la designación es construida y asignada por el investigador en cuestión.

El vocablo «gringo» atribuido por la sociedad que al mismo tiempo los alberga, tiene una connotación despectiva hacia el aspecto y procedencia de los que no son iguales. Ante tal circunstancia crean su contrapartida, el «chorni», tan despreciativo como el que se les ha adjudicado.

En la medida que los criollos no conocen la lengua rusa o cualquiera de sus variantes y, por lo tanto, no acceden al significado de «chorni», la designación creada guardaría un carácter de código interno que funciona como elemento de cohesión grupal. La oposición entre nosotros (los gringos) y ellos (los chorni), apta para traducirse como semejantes (nosotros) o enemigos (ellos), genera asimismo un fuerte sentimiento de pertenencia. El gringo se convierte en un semejante-igual a otros gringos, que a pesar de las diversas nacionalidades y lenguas se reconoce como otro ruso, con una historia y sufrimientos compartidos.

Si la construcción del sí mismo se procesa «en concordancia o en oposición» (Viñar, 2015, p. 29) a una figura significativa y en una confrontación imaginaria, era forzoso inventar un ruso-puro y un chorni-enemigo al que imitar y al que oponerse, para ser un poco uruguayo.

Es preciso retomar ahora aquellas preguntas que marcaron los orígenes de este estudio: ¿rusos o ucranianos?, ¿rusos, ucranianos o uruguayos?, ¿eslavos o uruguayos? Retomarlas para sostenerlas, es decir, sin pretensión alguna de hallar una respuesta certera, pero con la expectativa de que su reverberación suscite nuevos insumos. Con la intención de recoger la verdad narrativa y vivencial, se ha encontrado un relato que en cierta forma representa el sentir de la comunidad. Cuenta una *baba* a su nieto:

«... cuando te cuentan algo de Rusia ya estás de ojos abiertos, como que soy nacida acá y todo, pero no, no... siempre rusa, ucraniana. Nacida en Uruguay, pero... es la familia.»

Antes de darle un cierre a esta comunicación, fue retomada la pregunta por la identidad de los autores, por el sentimiento de sí que los habita como uruguayos representantes de una tercera generación. ¿«Nosotros» es ahora «Ellos»? ¿Los «gringos» son ahora los «chorni»? Lo ucraniano-ruso resuena en una identidad uruguaya siempre inconclusa, siempre recreándose y reescribiéndose. El gringo-chorni y el chorni-gringo palpitan en cada uno de los que escriben estas líneas. ♦

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados. (2018). *Los mayores conflictos bélicos de la historia*. UNHCR-ACNUR. Recuperado el 09 de Marzo de 2020, de <https://eacnur.org/es/actualidad/noticias/emergencias/los-mayores-conflictos-belicicos-de-la-historia>
- Baranger, W. (1971). *Posición y objeto en la obra de Melanie Klein*. Buenos Aires: Kargieman.
- De Saint-Exupéry, A. (1951). *El principito*. Buenos Aires: Emecé.
- Erausquin, E. (2005). La construcción del Otro: identidad e inmigración en la historia argentina, *Amérique Latine Histoire et Mémoire. Les Cahiers ALHIM* [En línea], 4/2002, Publicado el 13 mayo 2005, consultado el 05 agosto 2020. URL: <http://journals.openedition.org/alhim/477>.
- Freud, S. (1976). Proyecto de psicología. En J. L. Etcheverry (Trad.). *Obras completas* (Vol. 1, pp. 323-446). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1950 [1895]).
- Freud, S. (1976). Psicología de las Masas y análisis del Yo. En J. L. Etcheverry (Trad.). *Obras completas* (Vol. 18, pp. 63-136). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1921).
- Kachinovsky, A. (2014). *El cuento infantil como objeto intermediario en la complejización del psiquismo*. Recuperado de http://biblioteca.psi.uba.ar/cgi-bin/koha/opac-detail.pl?biblionumber=50952&query_desc=an%3A3441.
- Kristeva, J. (1991). *Extranjeros para nosotros mismos*. (X. Gispert, Trad.) Barcelona: Plaza y Janés.
- López, R. (2017). El concepto de identidad desde la perspectiva psicoanalítica. *Sección Clínica de Madrid (Nucep)*. Conferencia dictada el 14 de setiembre de 2017. Recuperado de: <https://nucep.com/publicaciones/concepto-identidad-desde-la-perspectiva-psicoanalitica/>
- Varela, J. P. (1964). *Obras Pedagógicas. La Legislación Escolar. Tomo I*. Montevideo: Biblioteca Artigas del Ministerio de Instrucción Pública. (Trabajo original publicado en 1876).
- Viñar, M. (2015). El vértigo civilizatorio y la clínica actual. *Revista de la Sociedad Argentina de Psicoanálisis*, 19, 17-34.
- Winocur, J. O., Buchner de Weber, C., Carrica, A. I., Onetto de Carrica, S. M. (1989). La identificación y su discriminación de la incorporación y la introyección. *Revista de Psicoanálisis*, 46(5), 863-874.
- Winocur, J. O. (1996). El narcisismo y la identificación narcisista. *Revista de Psicoanálisis*, 53(1), 227-253.
- Zaefferer, T. & Catelli, J. (2013). El dolor a partir de la constitución melancólica del aparato psíquico. *Revista de Psicoanálisis*, 70(01), 161-177.